



domingo santos

**FUTURO
IMPERFECTO**

NEBULAE

edhasa / ciencia ficción

¿Cómo respiraremos en el polucionado mundo de mañana? ¿Qué nos ofrecerá la televisión como espectáculo de choque? ¿Qué sustituirá al dinero? ¿Cómo se divertirá la juventud? ¿Qué haremos con la gente que no es como nosotros? A través de ocho de sus mejores relatos, Domingo Santos nos ofrece con Futuro imperfecto una visión prospectiva de nuestro mundo, entre desencantada y apocalíptica, difícil de olvidar.

Índice de contenido

Cubierta

Futuro imperfecto

Prologo del historiador

Smog

Negocios del corazón

Extraño

El programa

Señor: su cuenta no existe.

Encima de las nubes

...Si mañana hemos de morir

Una fábula

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

Sobre el autor

FUTURO IMPERFECTO (de subjuntivo):

Tiempo verbal que expresa una acción hipotética considerada como no acabada, en el presente o en el futuro.

«En verano hacía calor, en invierno frío, y de vez en cuando llovía. El sol iluminaba a menudo los días y la luna se levantaba a menudo por las noches. El sol y la luna miraban a un planeta no muy grande. En él vivían unas formas. En otro tiempo se les había llamado: los hombres.»

WALTER JENS,
El mundo de los acusados.

PROLOGO DEL HISTORIADOR

La oscura época que abarca lo que hemos dado en denominar Tiempos Remotos es apenas discernible dentro del contexto general de nuestra lejana historia pasada. Se sabe que fue una época turbulenta, en la que el Hombre aún no había alcanzado la estabilidad, y donde los constantes cambios crearon un mosaico de culturas de aspecto tremendamente variable. Pero, excepto esto, conocemos muy poco de ella.

Buena parte de nuestro desconocimiento se debe a la ausencia de documentos relativos a aquel tiempo. La mayor parte de dichos documentos resultaron destruidos durante las varias guerras que configuraron el cambio que trajo finalmente la Estabilidad Total a nuestro mundo, pero, aunque algunos de ellos sobrevivieron a las hecatombes, la mayoría estaban reproducidos sobre materiales muy perecederos que no han resistido el paso de los siglos. La mayoría de los pocos documentos que han llegado hasta nosotros procedentes de ese remoto pasado son tan sólo copias de otras copias de otras copias de desconocidos y oscuros documentos originales cuyo origen exacto se ignora. Y aun estas copias son escasas.

Con estos condicionamientos, la tarea del historiador es penosa. Debe intentar reconstruir los elementos de una época desconocida completamente distinta a la nuestra, en base a unos documentos cuyo origen se ignora, cuya situación exacta en el tiempo es aleatoria, y cuya Habilidad es discutible. Por otra parte, se sabe, o se supone al menos,

que el Hombre Antiguo poseía un arte desconocido en nuestros días: el de fabular. A veces inventaba historias, que a menudo daban origen a mitos y leyendas que hoy en día resultan indiscernibles de las crónicas auténticas de aquella remota realidad. Por ello, cualquier intento de aproximación está sujeto a todo tipo de prevenciones, y muchas veces puede dar origen a discrepancias y contradicciones entre los distintos historiadores, pocos por otro lado, que estudian aquella zona del pasado.

¿Fue la realidad de aquella turbulenta época tal como hoy nos la imaginamos? Este historiador no sabría asegurarlo. De todos modos, ante la duda, debemos contentarnos con lo que tenemos, intentando extraer, de estos fósiles documentales, la visión de una realidad que no podemos más que vislumbrar.

Los textos que componen este volumen han sido recopilados de entre los pocos documentos fiables de que disponemos. Se ha pretendido, agrupándolos, intentar ofrecer un fresco, evidentemente parcial e incompleto, de lo que pudo ser aquella lejana época. Se ha procurado también ordenarlos siguiendo una previsible gradación temporal. Se ignora si realmente se ha conseguido, y aunque algunas de las crónicas que siguen llevan indicaciones de tiempo, la medida de su cronología arcaica nos es tan extraña que estas indicaciones son meramente subjetivas. En un orden general, cabe suponer que las crónicas reunidas aquí abarcan un lapso de tiempo de uno a tres siglos (medida arcaica que abarca cien traslaciones), quizá incluso menos. Algunas de ellas son contemporáneas a otras, ofreciendo distintos aspectos de la realidad social de aquel tiempo. Otras, en cambio, parecen estar bastante alejadas de las que le preceden o le siguen, algunas incluso en muchas traslaciones, lo que nuestros antiguos antepasados llamaban años. Concretamente, podemos situarlas todas ellas entre las veinte y veinticinco mil traslaciones en el pasado, cuando la Tierra era aún un planeta primitivo sacudido por las tribula-

ciones de una civilización aún no afianzada que intentaba acomodarse a su mundo hostil sin saber exactamente cómo hacerlo.

Pero los usos y las costumbres de la época, y esto es lo más importante, están fielmente reflejados en algunos de sus aspectos. De ellos se deduce al parecer (y decimos solamente al parecer) que los principales problemas que afligían a aquella remota humanidad eran la guerra, las desigualdades sociales, la polución del medio-ambiente, las crisis de las energías y una transformación social tan acelerada que los individuos que la componían tenían tremendos problemas en adaptarse al cambio. También existía, y eso es casi una constante, una lucha individual que antepone la seguridad y el bienestar personal a las necesidades siempre imperantes de la colectividad.

La variedad de estilos en que están redactadas estas crónicas señalan claramente su distinto origen. Y ello es también uno de los motivos que nos hacen dudar más de la fidelidad de varias de ellas. Puede que algunas no sean más que el reflejo del espíritu fabulador al que ya nos hemos referido, y que era una de las características más representativas de aquella sociedad, que escribía cosas imaginarias para diversión de sus contemporáneos. No obstante, el fondo de todas ellas (y de ahí su selección) es real, ya que coincide en forma básica con los datos que, fragmentariamente, han recogido de otras fuentes algunos otros historiadores y que han permitido hacernos una idea general de aquel tiempo, sin contar los hallazgos complementarios que nuestros arqueólogos han efectuado aquí y allá.

Curiosamente, de todas las crónicas que siguen, la última, la que su desconocido transcriptor tituló precisamente «Una fábula» (Fábula: otra palabra arcaica que significaba la expresión de hechos ficticios narrados para deleitar, y que a veces encerraba o encubría una verdad en ocasiones moralizante) es la que a nuestros ojos tiene mayores visos de verosimilitud.

Quizá algún día, más adelante, podamos saber algo más de esos remotos tiempos casi prehistóricos. Mientras tanto, debemos conformarnos con esos pobres retazos para intentar averiguar cómo vivían y qué problemas tenían nuestros lejanos antepasados, y esperamos que estas pocas pinceladas sirvan de ayuda para que nuestros lectores puedan tener una idea de cómo era aquel bárbaro mundo, tan aquejado de terribles problemas y sin la tranquilidad de que goza nuestra raza desde el momento en que alcanzara sobre nuestro planeta su total plenitud.

En la Ciudad de Costa Radiante, durante el transcurso de la 287 revolución planetaria de la Tierra y la 7518 traslación en torno a su sol.

SMOG

Aquella noche había dormido mal. La tarde anterior había *respirado* un poco, y aunque en el Centro de Urgencias le dijeron que ninguno de sus órganos vitales había sido afectado, la preocupación no se barre con el plumazo de unas simples palabras tranquilizadoras. Durante toda la noche había notado los pulmones ardiendo y la tráquea en carne viva, y cada bocanada del esterilizado aire del dormitorio era en su garganta como el soplo del simún. De modo que por la mañana no sentía el menor deseo de acudir a la oficina. Por unos momentos pensó en llamar por el videófono avisando que no iría, pero entonces recordó que precisamente hoy tenía la entrevista con Harper, de la Antipol. Aquello le hizo cambiar de opinión. Se levantó, crujiéndole todos los huesos, miró la imponente masa gris del acondicionador, y escuchó su reconfortante zumbido. Aquello le levantó un poco el ánimo. Pero el pensamiento de que a veces los acondicionadores también se estropean puso en su médula un escalofrío de terror.

Se duchó rápidamente, bebió un café con leche instantáneo, metió sus papeles en la cartera portadocumentos, se puso la chaqueta, dio un fugaz beso de despedida a su mujer aún dormida, y se dirigió a la salida. En el umbral, se detuvo unos segundos para echar el maquinal vistazo diario al control de polución exterior: *grado tres*, señalaba. Escogió una mascarilla grado cinco por si acaso. Se había comprobado que un aire excesivamente purificado también era

perjudicial, pero hoy necesitaba algo fuerte que lo reconfortase.

Salió a la bruma.

El ascensor directo al garaje se había estropeado hacía dos días, así que tenía que dar la vuelta por fuera al edificio. Allá delante, muy a lo lejos, se oía el distante rumor de la invisible ciudad, colina abajo. Entró en el garaje y se metió rápidamente en el coche. Llamaría a los de los ascensores apenas llegara a la oficina y los pondría verdes, pensó. Conectó con manos temblorosas el circuito estanco y esperó los cinco segundos reglamentarios mientras el purificador limpiaba el aire del interior del coche, aspirándolo y renovándolo y filtrándolo. Luego se quitó la mascarilla.

El tráfico no era muy denso en el camino al núcleo: tardó solamente una hora y cuarenta y cinco minutos en recorrer los dieciocho kilómetros que lo separaban de la oficina. Mientras dejaba que el radar lo fuera guiando, conectó las noticias en la radio. El locutor estaba comentando la terrible mortalidad que se había producido el día anterior en Los Ángeles por una inversión de la atmósfera sobre la ciudad, agravada por una ausencia total de vientos. Miles de acondicionadores habían visto sus filtros completamente obstruidos en unas pocas horas, y habían dejado de funcionar de forma imprevista. Se había declarado el estado de emergencia en toda la zona, y se dictaron normas de obligatoriedad con respecto al uso de mascarillas de grado diez a doce, incluso dentro de las casas. Pero había un problema de falta de existencias en esos grados, pues Los Ángeles siempre había sido considerada como una ciudad *limpia*.

Desazonado, cambió de emisora. Una voz ronca cantaba una cálida y melancólica canción evocadora de los verdes pastos del sur. Se arrellanó en el asiento y se dejó mecer por la música.

—¿Señor Simon? —dijo una voz.

—¿Ah? —sus pensamientos se esfumaron como volutas—. ¿Quién interfiere mi frecuencia?

—Me llamo Hutchins, señor Simon; de Hutchins y Hutchins, Agentes Inmobiliarios de Tierras No Polucionadas Sociedad Anónima. Hemos realizado un sorteo, y me complace comunicarle que su frecuencia ha sido agraciada. Tiene usted una importante opción de compra a su favor, y deseáramos formulársela personalmente. Le agradecería me indicara una hora conveniente para visitarle...

—¡Oh, no! —gruñó disgustado—. Ya conozco estos nuevos métodos de venta. Mire, señor Hutchins, déjeme tranquilo. No me interesa comprar ninguna Tierra No Polucionada. Además, sé muy bien que no existe ninguna Tierra No Polucionada a una distancia razonable de aquí de modo que lo que ustedes anuncian es un puro camelo.

—Por favor, señor Simon. Está usted muy equivocado si cree...

—Jovencito, *trabajo* en Medio-Ambiente.

—Oh... —sonó como un balón deshinchándose, y la voz se esfumó.

Llegó a la oficina. Se metió por la rampa descendente del garaje y esperó a oír el beatífico *click* de la doble puerta de seguridad cerrándose y el silbido de la cortina protectora de aire a sus espaldas. Las blancas paredes que lo rodeaban eran una bendición. Al menos se *veían*. Dejó a un lado la mascarilla, cortó el circuito *estanco*, aguardó los cinco segundos de rigor y salió del coche. Subió al ascensor.

Su secretaria estaba mascando con fruición una pastilla de chicle de ozono soluble. Era la última moda. Miró por un instante al señor Simon antes de volver a los papeles que estaba transcribiendo.

—Buenos días, señor. ¿Cómo le ha ido el camino?

—Horrible, gracias. Hoy no se ve *absolutamente* nada. Hace una semana, al menos se alcanzaban a ver las siluetas más cercanas.

—Es terrible, sí. Por cierto, han salido al mercado unas nuevas pastillas regeneroxigenantes con vitaminas. ¿Las ha probado? Dicen que, además, elevan la moral.

Gruñó algo ininteligible. Dejó el portadocumentos a un lado, tomó los papeles de sobre su mesa y les echó una rápida ojeada.

—¿Alguna novedad en el departamento? —preguntó.

—La URSS ha propuesto una nueva reunión de urgencia a nivel internacional. Argumentan que hay que tomar medidas de-fí-ni-ti-vas para salvar a la humanidad.

—Sí, lo de siempre. ¿Qué pretexto han dado esta vez?

—Las últimas fotos del Venusik XXIII. Las difundieron ampliamente por toda la prensa, ¿recuerda? Pues bien, eran falsas. Eran fotos de la Tierra tomadas desde una órbita de cinco mil kilómetros. Todo el mundo cayó en la trampa. Ahora lo utilizan como argumento.

—Ese truco ya es demasiado viejo. Yo era todavía un niño cuando lo utilizaron por primera vez. ¿Acaso esperan convencer a alguien con eso?

—Pero ahora parecen *decididos*. Amenazan con iniciar una acción unilateral a gran escala si lo demás países no cooperan.

—¿Qué tipo de acción?

—Han presentado un proyecto de instalación de gigantescos purificadores de aire a lo largo de todas sus fronteras, para arrojar la polución fuera de sus límites. Dicen que ellos son *limpios*, que la polución que flota sobre sus tierras viene arrastrada desde otros países, y que no están dispuestos a seguir consintiéndolo, de modo que la van a echar fuera otra vez.

—Bah, pura palabrería. Saben que nunca podrán emprender un plan así, ni aunque quisieran. Técnicamente es inefectivo. Además, no pueden tomar una decisión unilateral de este tipo: no es ético. Sin contar con que tampoco poseen la infraestructura capaz de permitirles construir unos purificadores tan potentes como para mantener todo

su territorio limpio, arrojando la basura a los demás. Y aunque lo logran, envenenarían en pocos días a los países limítrofes, lo cual sería un asesinato en masa susceptible de provocar una reacción armada conjunta de todas las demás naciones en defensa de la paz.

Dejó los papeles sobre la mesa. Hubo una pausa.

—El Presidente ha llamado, señor —dijo la secretaria.

—¿Para...?

—Desea saber cómo va la Operación Reajuste. Tiene gran interés en activarla. Al parecer, pretende presentar un informe al Congreso lo antes posible. Lo de Los Ángeles le tiene muy preocupado.

—No veo el porqué. Desgracias como ésa ocurren todos los días y en todos lados, sin que nadie se lleve nunca las manos a la cabeza por ello. Hay que culpar a la meteorología, no a los hombres.

—Sí, pero a lo de Los Ángeles se le ha dado mucha publicidad...

—Sí, eso es lo malo. Tendríamos que legislar algún Decreto calificando esas noticias como Información Reservada. Así, todos viviríamos mucho más tranquilos.

Se sentó en su escritorio. Sintió una punzada en el pecho, y tosió. Sacó rápidamente un pañuelo y escupió en él. Miró: sin rastros de sangre. Suspiró aliviado.

—¿Le ocurre algo, señor?

—No, nada. Ayer *respiré* un poco, pero me dijeron en Urgencias que no había habido lesiones. Claro que los primeros días uno no se siente nunca seguro.

—Pues ha tenido suerte, señor. Mi madre *respiró* el mes pasado, y ha estado diez días escupiendo sangre —vio la alarma en el rostro de su jefe, y se apresuró a añadir—: Pero mi madre es ya vieja, señor. Tiene cuarenta y siete años.

El señor Simon se removió inquieto en su silla.

—Está bien, está bien... Dejemos eso. Estoy esperando a Harper, de la Antipol. Cuando venga, hágale pasar al

salón de reuniones número tres y avíseme inmediatamente. Y que nadie nos moleste mientras estemos reunidos.

—Está bien, señor.

—Y ahora comuníqueme con Elevadores Automáticos S. A. Con el jefe de reparaciones. Tengo unas cuantas cosas que decirle...

Pasó la mañana revisando la correspondencia. Había un poco de todo, desde airadas cartas protestando por la falta de aire puro y denuncias contra los ciclópeos edificios que se estaban levantando un poco por todas partes, cerrando el paso a la circulación del aire purificador, hasta entusiastas comunicaciones ofreciendo patentes de productos *definitivos*. Sonrió. No hay nada definitivo, pensó. Cuando tanta gente se pone de acuerdo para ensuciar el mundo, nada puede limpiarlo de nuevo.

Una carta hablaba de la invención de una mascarilla con un poder filtrante mucho mayor que las reglamentarias y más cómoda de llevar. «Con las actuales mascarillas —decía el desconocido comunicante—, los pulmones de un ser humano medio se mantienen en buen estado únicamente hasta los 40-50 años. Con mi nuevo sistema, ensayado hasta ahora en todo tipo de animales, se garantiza una supervivencia pulmonar mínima hasta los 60 años. Estoy tan convencido de la efectividad de mi mascarilla, que me permito ofrecerla a ese Departamento donando el 50 por ciento de los *royalties* que me correspondan, para investigación». La dejó pensativo a un lado. Dudó. Volvió a cogerla y la mantuvo un rato entre las manos, como sopesándola. Finalmente terminó dejándola en el montón, con las demás.

Al mediodía había terminado su trabajo. Pasó a su secretaria cinco cartas para contestar, recogió la firma, la leyó, la firmó, y cerró su carpeta.